

# El ilegalismo y los anarquistas

Cuando los anarquistas cometen acciones que les colocan, no moral e intelectualmente, sino materialmente bajo la sanción social, nada más fácil para defen-derse y excusarse que poner en evidencia ante los ojos de los demás el carácter de conjunto social perpetra continuamente crímenes mayores que los que algunos individuos pueden llevar a cabo aisladamente. Es innegable que el Medio tolera o aprueba una infinidad de atentados a la libertad individual o a la vida de los hu-manos, pero no aprueba el atentado comi-tado con la nimiedad que representan los más atroces crímenes del ilegalismo anar-quista.

Cualquiera comprende que en el estado en que vivimos, el derecho de matar es ejercido sin restricción por los más fuertes y privilegiados (razas, grupos, individuos) en detrimento de los más débiles y despo-seídos.

Sin piedad, las razas llamadas 'superio-res' persiguen a sangre y fuego a las pre-tendidas inferiores, y en el océano de crímenes sociales, los calificativos de anar-quistas no representan más que una imper-ceptible gota de agua.

Considerar superficialmente la requisitoria de las guerras coloniales para sa-tisfacer a los aventureros de la política y a los bandidos financieros y veremos a todos los pueblos aborígenes sufrir las mismas tropelías de sus conquistadores.

La conquista de América por los espa-ñoles, la explotación de la América del Norte, la explotación del Congo belga, la paz impuesta por los rubios, gringos y dul-ces holandeses en sus colonias de la Son-da, son otras tantas pruebas de la avaricia que, traducida en explotación y sufrimien-to, se ha venido encubriendo bajo la ban-dera de la civilización. Pero no necesita-riamos remontarnos tan lejos. Nos basta mirar a nuestro alrededor, juzgar de la actual hecatombe en que el mundo se des-truye, para comprender la falta de lógica que caracteriza a los que vituperan tan solo a los raros individuos que consienten que se rebelan contra el orden establecido y atentan contra la vida y la propiedad de los dominadores.

Como materialistas no tenemos fe en un juicio supremo y final en el que se levantasen todas las víctimas de las naciones conquistadoras y cultas, pero imaginativa-mente nos complacemos en ver esta espe-cie de tribunal sin apelación, en el que se elevarían sus querrelas todos los tortura-dos, los mutilados, los desahuciados, los quemados, los estropeados, los empobre-ci-dos en nombre del progreso occidental. ¡Qué triste figura la del *homo sapiens* ante esta teoría infanla de hombres, mujeres y niños resucitados y viniendo de todos los puntos del mundo *atrasados*! La máscara de hipocresía y de moralidad caerá descara-da de esta masa sangrienta. Cortés, la atómica y valiente de los Pieleros Rojas, próxima a extinguirse por el embrutecimien-to del alcohol; pensamos en los Meji-canos, los Peruanos, los Arabes, los Ma-layos, en los amarillos, los negros, los co-brizos, en todos, en fin, los que contra toda razón humana y solo por el placer de matar han sido sacrificados por los machos de raza blanca. ¿En qué se fundan, pues, nuestras modernas sociedades para recrini-mar a los pobres bandidos contemporá-neos que actúan por su propia cuenta?

Y volviendo a nuestras reflexiones cons-tatamos que los responsables no son solo los que organizan el pillaje y la matanza, sino que el más culpable es el medio, el más implacable es siempre el subalterno, el hombre sacado de las filas populares. Español, francés, belga, alemán, ruso, ho-landes, anglo-sajón, de cualquier naciona-lidad que sea, es siempre el hombre disci-plinado, amaestrado, que encuentra placer en incendiar las viviendas, destruir las tie-rras productoras, violar a las muchachas, desahanzar a las futuras madres y jugar, en fin, con la vida y el bienestar de los que cree sus enemigos.

Pero todavía hay algo más. Leyendo los informes de las comisiones inglesas nom-bradas por las Cámaras de los Comunes sobre el trabajo de los menores en los tejidos de algodón en el siglo pasado, se ve que era habitual la jornada de 13 a 18 ho-ras para niños de seis a siete años, sin otro descanso que media hora para comer y con vigilantes permanentes que látigo en mano impedían que estos desgraciados pequeños se rindiesen al sueño. Madres de once años sorprendidas por el parto en el taller y a las tres horas de haberse gracias tras días de reposo. Los pobres criaturas morían a centenares, naturalmen-te, y las que sobrevivían a tantos horrores eran víctimas de toda clase de taras físicas. En Stockport y Manchester sobre 22.094 obreros de fábricas, sólo 143 habían pasa-do de 45 años.

Los niños aislados ¡Lástima que no poseáis temperamento de explotadores! Establecidos fabricantes de cristal en el Este o el Norte de Francia, o tejedores en Rouen, o en Lille, o vendedores de con-servas en Chicago, o contratistas de con-servaciones en Londres, hubierais podido matar lentamente, a fuego dulce, sin res-gaños, con la impiedad más completa; más aún: patentados, condecorados, honorables comerciantes, industriales, filántropos, hubierais juzgado a los medicos criminales, enviándolos al presidio o al patíbulo y lamentándoos todavía de que existe dema-siada indulgencia para los delincuentes.

No. La sociedad en particular en gene-ral, es tan impía que no se han roto violentamente el contrato social. No es este un hecho nuevo. El carpintero de Na-

zareth empleó el mismo argumento con la desgraciada adúltera a quien los honestos israelitas querían perseguir a pedradas y a quienes Jesús dijo que el que estuviera libre de pecado lanzase la primera piedra, sin que ninguno se atreviese a hacerlo. Verdadera o imaginaria, esta historia prue-ba que en todos los tiempos los guardia-nes de los convencionalismos sociales han sido mejores que los que las han infringido. Pero este es un argumento que no po-demos aprovechar en la obra educativa que perseguimos, y ya que no podamos hacer declarar a los que execran el ilegalis-mo, no anarquista, como inferiores, que se sienten inferiores, a lo menos hagamos constar que en nuestro fuero interno, los que sabemos juzgar con libre criterio nos sentimos valer más.

Ahora bien; si de acuerdo con los teóri-cos, se comprende y limita la práctica del 'vicio' en el ejercicio de los oficios, en los oficios escabrosos no inscritos en el re-gistro de los tolerados por la policía, que-riendo demostrar que el anarquista ilegal puede sernos simpático, en cambio nos parece injustificable el ilegalismo paradójico bajo el punto de vista anarquista in-dividualista. Porque no queriendo directa-mente demostrar el error del anarquista individualista no consentiríamos jamás en hacer sufrir más todavía a las víctimas del estado económico. Sería ilógico e indigno. No se pondrá, pues, al lado de los que esquilman al 'rebaño', sino que se separará, deman-dando así su superioridad mental.

La práctica del ilegalismo no enseña, que la práctica del legalismo, todo cuando es profesional, constituye un peligro temible. Impide la expansión de la vida individual, es nefasto para el desarrollo intelectual y no libera económicamente bajo ningún punto de vista. Estas son razones podero-sas para reaccionar vigorosamente en el punto anarquista contra los desastres que puede ejercer en los espíritus jóvenes, la tendencia al ilegalismo.

En todo caso, el anarquista individualis-ta, adversario de la violencia, salvo el caso de legítima defensa, bien establecida, no se hará solidario de los 'ilegales', que no dudan en llegar hasta el atentado personal o el crimen.

E. ARMAND

NOTA. Esta traducción es parte de obra inédita «El anarquismo individualis-ta... lo que es, puede y debe», que hemos de publicar en España, si los correspondien-tes estudiosos responden a nuestra invitación, enviand' por anticipado el importe del li-bro o sea una peseta, más el importe del franqueo si quieren recibirlo por correo.

En este número incluimos una circular con un boletín de suscripción.

Hasta fecha no han recibido los si-guientes suscripciones:

Corzo-Zeda, Madrid, 1; Pumariega, id. 1. P. Ruiz, Sabadell, 1; C. Diez, San Seba-tián, 2; A. Pereira, Badajoz, 1; M. C. As-torga, 4; A. A. Granada, 3; M. C. Barrios, Fuencarral, 1; 25; V. San Félix, Benisa, 1; V. Mirán, San Diego, California, 625; Estudios, 10; J. J. Coll, Jerez de la Fron-te-ra, 1; F. Barcelona, 1; Coll, Jerez de la Fron-te-ra, 10; F. T., 1; Carras, 10.—Total pesetas 45-50.

A todos damos las gracias y confiamos poder llevar a feliz término nuestra inicia-tiva. Las suscripciones a TIERRA Y LIBER-TAD o a cualquier otro periódico que tenga relación con éste.—Costa-Iscar.

# Malatesta

Tenia yo muchas ganas de conocer a Malatesta. El otro día, me dec a Luis Bru-naloux en un bar de las vueltas de Talgar Street: «Ya iremos a verle. En las actuales circunstancias, esta clase de visitas son un poco peligrosas para el que las hace y para el que las recibe. Por eso, si me pudiese uno a que la policía lo «lle» y a que le echen con inejores o peores modos de la Isla Nebulosa. Pero, vale la pena de expo-litarse a uno, para ir a ver a Malatesta. Malatesta es un tipo muy interesante. Ha viajado toda la tierra. Habla siete u ocho idiomas. Es orador y escritor. Es un sociológico emi-nente y un gran pensador. En el mundo de esto, a pesar de que le habría sido muy fácil enriquecerse, adquirir una envidiable posición social, no ha querido renunciar jamás a su humilde condición de obrero, y actualmente, a los 63 años de edad, vive del trabajo de sus manos y va al taller cada día a ganarse los cinco o seis che-lines que le dan sus patrones. Es admirar-le. Esa incorruptibilidad, esa inocencia de alma, esa fuerza de carácter sólo da una idea del ideal anarquista. Hace poco, estubo Malatesta preso aquí en Lon-dres. Yo, entonces, me encontraba en Pa-rís. Por carta le encargué a mi hijo Luis Tarrats, que iba a verlo a visitar, en un momento de reposo, a casa de éste. Malatesta se acordaba de la visita. Este lo recibió lleno de jovialidad y de buen humor, y le dijo que estaba muy contento de que le hubiesen encerrado los ingleses, porque las cárceles de Londres eran las únicas del mundo que no conocía, y, como se hacía viejo, temía, antes de ingresar en ellas, que no le iba a dar un síncope. Ver-daderamente es pasmoso.

Como Bonafoux saca poco de casa y la entrevista con Malatesta se demoraba más de lo que deseaba yo, le rogué ayer a Jaime Brosca, que como también al gran En-rico, que me acompañara a casa de éste. Brosca se prestó gustoso.

Cuando nos encaminábamos a casa de Malatesta, le pregunté yo a Brosca: «¿Ma-latesta es un hombre tan siniestro como dicen? ¿Es verdad que una vez se tuvo que escapar a no dolo de Italia porque lo iban a fusilar? ¿Es cierto que le llamado parte a la revolución imperialista, la revolución que se han establecido y en todos los atentados que se han cometido en el mundo de cin-

uenta años a esta parte? ¿Qué se yó-me responde Brosca...? Se fantasea mucho. Gloria es muy grave. Nadie hace cometer un regicidio al que no lo quiere cometer. Nadie puede sublevar un pueblo que no se quiere sublevar. Lo que hay es que al capitalismo y a los gobiernos les conviene hacer cundir esas especies para poder lle-var a determinadas circunstancias a la revolución en la que se quiere participar. Si se asegura que es Malatesta es un hombre muy tierno. El día que enterramos a Tarrida nos hizo un discurso sentimentalísimo. Casi todos nos echamos a llorar. Y él mis-mo también lloraba. Pero en la, ternura de entrañas es cualidad de todos los hom-bres violentos...»

Enrico Malatesta vive en el barrio ita-liano, en casa de un compañero suyo, antiguo amigo de Ferrer, que se llama Defen-di y que tiene aquí en Londres una tienda de ultramarinos y de géneros de su país. Una vez llegados a casa de Defendi, Brosca le expica a éste nuestras preten-siones. Defendi sabe a ver a Malatesta y quiere ir a verlo. En seguida se hacen las presentaciones. Malatesta, Brosca y yo salimos a la calle.

Malatesta viste el traje corriente del obrero inglés. Unas botas de nuevo o diez chelines. Un sobretodo desteñido, compra-do quizá de segunda mano en alguna pre-ndería de Whitechapel. Un sombrero flexible de cuyo vástago de lino se ha hecho, como las golondrinas debajo del alero del tejado, su nido las más bellas ideas.

Malatesta es mediano de estatura. Tiene la frente avanzada—hacia el pensamiento ajeno, hacia las teorías nuevas—y los pó-mulos puntiagudos y atrevidos. Cuatro o cinco arrugas terribles hienzen su cara. Los ojos, cuando se le mira, parecen que brillan sus ojuelos sagaces entre la esca-cha de sus cejas, entre el matorral de sus barbas. Sus manos están encallecidas y cubiertas por este guante de nobleza que les pone a los obreros el trabajo.

Enrico Malatesta se expresa con co-herencia en castellano. Sólo alguna vez mezcla en la conversación algunas pala-bras de su lengua materna. Pero en la pes-quisa de alguna palabra que no encuentra. Cuando le ocurre esto, su voz se le vuelve más agria, más tajante.

—¿Qué dice de la guerra, de los culpa-bles de la misma, etc? —De culpables no hay que hablar, por lo menos en el sentido de inculpar a uno para excusar a otros. Para mí son todos culpables los culpables y los culpables res-ponsables por igual. De lo que no cabe dudar. Los que conocemos un poco las intimidades de la política europea te-nemos fallada hace tiempo esta cuestión. La política de «hencercement», seguida con tanta tenacidad por el Entente, había de venir a parar a esto. Lo que admira es que el trueno no se haya levantado en el punto de estallar ya ha estado en diversas ocasiones. En un libro reciente de A. Meyer, director de *Le Gaulois*, en que se cen-sura la indenfension de Francia, nos descu-bre el autor que en 1906 Eduardo VII invitó a ésta a atacar a Alemania y a echar-ses encima aprovechando el primer des-calabro. Pero el presidente de la República francesa contestó que ésta no se hallaba preparada. Los que quieren eximir a Inglaterra de responsabilidad alegan los esfuer-zos que ha hecho esta nación para conse-guir la limitación de los armamentos nava-les. Pero, eso demuestra lo contrario de lo que se quiere probar. De que Inglaterra deseaba que se hiciera un alto en las cons-trucciones navales, porque el «statu quo» le favorecía a ella y porque estaba viendo que Alemania iba pronto a igualar y hasta a superar sus fuerzas marítimas. Esto era bien evidente. Porque vicio como el de ese pueblo no se ha visto jamás. Yo soy un gran admirador de este país. Pero no lo malo que tiene el pueblo alemán es que ha tomado a nosotros, y a los latinos. El cesarismo, el despotismo político no es germánico, es romano. El militarismo, la belicosidad, el culto de la fuerza son mu-cho más antiguos en las naciones medite-rráneas que en las del norte. La supersti-ción religiosa es mucho más gruesa en Italia y España que en Prusia. El feudalis-mo territorial e industrial es mucho más bárbaro en Inglaterra que en Alemania. Da risa oír y leer que Inglaterra, el país del colonialismo y del imperialismo naval, y Francia, la república devota de Napoleón y Juana de Arco, luchan por la libertad de los pueblos. Ya veremos, si gana, lo que harán con Polonia, con Servia, etc. Guerra de revanchas y de hegemonías es ésta, di-gase lo que se quiera. Guerra de conquista y de rapiña. Inglaterra lucha por el aniqui-lamiento de la competencia industrial ale-mana. Francia, por recobrar la Alsacia-Lor-raina. Italia, por adueñarse del Adriático, por apropiarse un parte de flores de la co-rona de Austria. Y los demás, por lo que caiga. ¡El imperialismo! Pero sí lo hemos inventado nosotros. Ahí están esos italia-nos que se figuran que no hay otros como ellos. Ahí están llenos de megalomanía y de «annuncianismo», empeñados en traer a la tierra «civilización», a «democracia», después de haber traído a la tierra, y a las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo, ustedes, los españoles. En cierta ocasión, me en-contraba yo en una casa de huéspedes, en Madrid. Y allí, un mencecote decía muy seriamente: «A nosotros, los españoles, las otras dos, la romana y la papal. Ahí están esos italianos, a quienes sólo ganan en chifladura y en fariseonismo,